

dit, la cabeza de la procesión se hallaba ya en Saint-Denis, mientras que el rector, que cerraba la marcha, no había cruzado aún los umbrales de la iglesia de San Julián el Pobre. Se ha trazado con frecuencia el cuadro de aquellos innumerables y pintorescos estudiantes, pobres, turbulentos, que vivían de limosna, que apaleaban por la noche á la ronda, que desvalijaban á los burgueses, y que se hallaban libres, desde el tiempo de Felipe Augusto, de la jurisdicción civil, hasta tal punto que el preboste tenía que pedir excusas si los soldados de la ronda detenían á algunos estudiantes que corrían la tuna.

Aquellos jóvenes hablaban latín lo mismo que sus profesores. Ya entraban en la clerecía, ó ya se hacían viejos, frecuentando la paja de las clases, barbudos é hirsutos, adquiriendo fama en retorcer un silogismo y en discutir en *baroco* ó en *baralípton*, y formando el orgullo de sus viejos maestros.

Los grandes trabajos de erudición ocupaban á las órdenes religiosas en el Cister, en Cluny y en Claraval; cartujos, cistercienses, premostratenses, dominicos y franciscanos, leían, copiaban, anotaban, guardaban celosamente el tesoro de ciencia y nadie podía echarle una mirada si no era clérigo. El pueblo era mantenido aparte como ignorante é indigno de estas misteriosas tareas, como extraño al trivio, al cuadrivio, á la escolástica, á los triunfantes trabajos de un Guillermo de Champeaux, de un Alberto Magno ó de un Tomás de Kempis, presunto autor de la *Imitación de Jesucristo*.

La sociedad entera se dividía en tres clases: los señores feudales, los letrados ó clérigos, y los analfabetos. Los monjes de Claraval señalaban esta gradación:

« Del hombre al bruto hay la misma diferencia que del clérigo al seglar. »

Así, la Iglesia dominaba al poder, á los reyes y á los barones por la fe y la credulidad, y al pueblo con el desprecio. El vulgo iba consignando su propia historia en lengua vulgar, en poemas que embellecía la imaginación del trovero.

Los monjes escribieron la historia seca y verdadera, la crónica. Pero lo hicieron en latín, como para impedir al pueblo que la leyese. Eran aquellas crónicas una especie de agendas ó más bien actas, notas breves y rápidas inscritas en las hojas de un registro: veinte años llenan apenas tres páginas. Es un relato sobrio, glacial; la historia aparece en él como flaca y pobre musa, descolorida y diáfana, que apenas abre sus labios de sibila muda para anunciar con indiferencia que han muerto el hermano tornero ó el rey de Francia.

Tablas pascuales de los conventos en que se consignan indistintamente todos los acontecimientos, año por año, lo mismo los del claustro que los del siglo; Crónicas de Gregorio de Tours y de Fredegario, que

CAPÍTULO VII

LOS CRONISTAS

Las primeras crónicas. — Villehardouin. — Joinville. — Froissart. — Commines.

Conclusión acerca de los siglos x al xv.

La importancia y organización de la sociedad clerical fueron notables en la Edad Media. En ella se refugiaba la ciencia toda. El clero tenía como fuerza su unidad en medio de las rivalidades de la disociación y complejidad de los elementos en formación. El papado era el poder central; en esta asociación libremente consentida, reclutada y sometida á los votos y no á los privilegios, al azar, á las armas ó al nacimiento, como el mundo feudal, todo se unificaba: la fe, la costumbres y el lenguaje.

Su único error consistió en el aislamiento. El clero era una casta cerrada y celosa de su ciencia y de su vida. Las macizas puertas de las abadías se cerraban misteriosas y hostiles para impedir el contacto entre los monjes y el siglo. Se trabajaba en las celdas y en los claustros; numerosos artistas enriquecían, con miniaturas, libros copiados con esmero; los sabios redactaban obras y crónicas; pero hubiera parecido que se cometía una profanación si el vulgo hubiera podido verlas ó sospechar su existencia. Aquellas hermosas obras nacían detrás de espesos muros, en medio de los bosques que rodeaban á la Abadía de Jumièges, á la d'Aulne, ó á la de Bec, donde meditaban Lanfranc y san Anselmo. En París, el claustro de la catedral, el priorato de San Víctor, el de Santa Genoveva y los monasterios y colegios, daban abrigo á gran número de eruditos, como Abelardo, que contó entre sus discípulos á un papa, á veinte cardenales y á cincuenta arzobispos; como Joscelín, Alberico de Reims, más fraseador que sólido, y Roberto de Melún.

Seguramente el clero enseñaba, y con sus lecciones difundía algo de su ciencia por el mundo. Pero ¿á quién enseñaba? Á los clérigos, á los futuros miembros de su vasta familia. La Universidad de París misma, que se había librado de la tutela de los claustros, era obra del clero que dominaba en ella. Presentaba el espectáculo excepcional de un verdadero pueblo que vivía aparte en una ciudad cuya tercera parte ocupaba. Cuando, en el mes de junio, la Universidad se dirigía á la feria del Len-

hacen revivir los tiempos merovingios; Crónicas de Eginhard y del monje de Saint-Gall que nos ayudan á distinguir al verdadero Carlomagno del de la leyenda, siquiera tengan el mismo espíritu apologético; Anales de Roricán y de Aimoin; Crónicas de los Conventos y Monasterios, como las de Suger en la Abadía de Saint-Denis, las del astrónomo de Luis el Bondadoso, de Rigord y de Guillermo de Nangis; todas estas obras, escritas en latín, no interesaban al pueblo que las desconocía.

Las crónicas del menestral, de Alfonso de Poitiers, y la versión romance de las crónicas de la abadía de Saint-Denis son los primeros ensayos de una historia de Francia en francés. Llegan hasta Luis XI.

En cuanto á las traducciones en romance de poemas rimados ó de relatos históricos en lenguaje medido, han contribuido á dar flexibilidad á la lengua vulgar, y, en cierta manera, han facilitado la tarea de los grandes cronistas y, en primer término, de Godofredo de Villehardouin.

Nacido hacia 1150, en el castillo de Villehardouin, que se alzaba no lejos de Briena en Champaña, Godofredo, vasallo y oficial superior de los condes de Champaña, al mismo tiempo que desempeñaba las funciones de mariscal bajo Tibaldo III, brilló por su espíritu cultivado y literario en la corte que presidía la condesa María, en su capital de Troyes, á donde atraía á los trovadores y á los poetas, siendo uno de los primeros y no de los menos célebres, el mismo conde Tibaldo, que concibió por Blanca de Castilla una pasión caballeresca, y la cantó « no como hombre amado, sino como hombre desesperado, pensativo y extrañado ».

El nombre de Godofredo de Villehardouin no hubiera sobrevivido seguramente, á pesar de sus cualidades militares, de su vocación de escritor y de cierto instinto diplomático que reveló en lo sucesivo, si la nobleza de Francia no se hubiera resuelto á tomar parte en una nueva cruzada que era la cuarta. Fué predicada en un torneo en Champaña, por Foulques, cura de Neuilly, en nombre del papa Inocencio III que quería, por este medio, rehabilitar al emperador Otón IV, que estaba excomulgado, y á Felipe Augusto que lo había estado.

Durante esta cruzada que, desviada desde su origen, de Jérusalén, sólo fué una expedición pirática, Godofredo de Villehardouin, desempeñó un papel notable de 1198 á 1207. Y puso gran cuidado en darnoslo á conocer en el relato que ha asegurado su gloria.

Fué uno de los seis embajadores que tuvieron que negociar en Venecia el transporte de los cruzados á Egipto en los barcos de la Repú-

blica; fué él quien, á la muerte del conde Tibaldo, jefe de la expedición, hizo nombrar, para el mando supremo, á Bonifacio, marqués de Monferrato; distinguióse en el sitio de Constantinopla y recibió de Bonifacio, en recompensa de sus servicios guerreros y diplomáticos, la importante ciudad de Mesinópolis, donde consagró sus ocios á dictar ó á escribir sus Memorias. Murió en 1313 sin haber vuelto á Francia, y sin haber vuelto á ver á su esposa Juana y á sus cuatro hijos.

La *Historia de la conquista de Constantinopla por los barones franceses, asociados á los venecianos*, nos hace asistir á los preparativos de la cuarta cruzada, en la que se alistan con entusiasmo los condes de Flandes, de Champaña, de Blois y de Saint-Pol, seguidos de toda la nobleza francesa. Como la experiencia anterior había demostrado que era preferible el viaje por mar á la travesía de Europa, los cruzados enviaron á Venecia seis embajadores, entre los cuales se hallaba Villehardouin, para solicitar los barcos necesarios.

Porque saben, dijeron al viejo dux Dándolo, que no hay gente que tenga tanto poder para auxiliarles como vos y vuestra nación, y os ruegan, en nombre de Dios, que tengáis compasión de la tierra de ultramar y de la vergüenza de Jesucristo, y os dignéis procurarles barcos y transportes.

El pueblo soberano de Venecia, á quien los señores acudían en humil de súplica, respondió: « ¡ Lo concedemos! ¡ lo concedemos! » pero pidió en cambio de este servicio ochenta y cinco mil marcos de plata.

Fué nombrado jefe Monferrato; los « peregrinos » sólo habían reunido algo más de la mitad de la suma; los venecianos consintieron en recibir en pago la ciudad de Zara en Dalmacia, que había ocupado el rey de Hungría con detrimento de la República. Á pesar de la oposición del papa contra este desvío de la cruzada, partieron para Zara, que fué conquistada, habiéndose cruzado el mismo Dándolo, « de muy buen grado ». Venecia dió los barcos. Los aliados se dejaron persuadir de que el punto de apoyo para conquistar la Palestina era Constantinopla. Un joven príncipe griego se ofreció á dirigir la expedición, á condición de que se restableciese en el trono á su padre Isaac Ángelo, que había sido destronado y reducido á la ceguera por su hermano.

Después de invernar en Dalmacia, hiciéronse á la vela hacia Corfú. Allí desertan los descontentos. Al fin, después de celebrar consejo y parlamentar, los barones, « llorando amargamente » cayeron á los pies de los que querían abandonar la partida, y habiendo dicho « que no se moverían de allí hasta que les hubiesen dado palabra y fe de no separarse de ellos » pudo partir la flota completa, el 23 de junio, para Constantinopla, á tres leguas de la cual « tomaron puerto y anclaron los barcos. Y entonces pudieron contemplar á su sabor á Constantinopla... Ahora bien, es de saber que muchos de los que la miraron, no la habían

visto jamás y no podían figurarse que pudiese existir en todo el mundo una ciudad tan rica. Altas murallas, ricas torres que formaban el circuito, ricos palacios, altas iglesias, en muy gran número... y es de saber que no hubo ninguno tan atrevido cuyo corazón no se estremeciese, y no es maravilla, puesto que jamás se emprendió tan gran negocio por tanta gente, desde que el mundo fué restaurado... y todos miraban sus armas de que bien pronto tendrían necesidad ». El emperador de Constantinopla pensó alejarlos de su tierra proponiéndoles dinero por medio de un embajador que recibió esta altiva respuesta : « No han entrado en su tierra, pues él la posee injustamente y en pecado, contra Dios y contra la razón. » Obligado á pelear, dispuso un magnífico ejército de 60.000 hombres. Los cruzados se apoderaron de la torre Gálata, que dominaba el puerto ; « el dux de Venecia, que era viejo y no veía gota, se colocó armado á la cabeza de su galera... y gritaba á los suyos que le pusiesen en tierra y que, si no, haría justicia en ellos... Entonces hubiérais podido ver un asalto grande y maravilloso y de esto da testimonio Godofredo de Villehardouin, mariscal de Champaña, que tomó parte en él ». Y añade : « Los caballeros desembarcan y aplican una escala á las murallas y suben á ellas por fuerza y se apoderan de cuatro torres » ; además « saltan otros al mar, con el agua hasta la cintura, completamente armados, con los yelmos sujetos, con las espadas en alto, acompañados por los buenos arqueros, sargentos, y ballesteros. Los griegos hicieron gran aparato, como si los quisiesen detener ; pero echaron á huir y les dejaron libre la playa. Y es de saber que jamás se tomó un lugar más orgullosamente ». Al fin fué tomada por asalto la ciudad el 18 de julio ; « el rumor de la lucha fué tan grande que parecía que se abría la tierra ».

El viejo Isaac, sacado de su calabozo, fué restablecido en el trono y, para cumplir las promesas hechas, su hijo Alejo estableció nuevos impuestos sobre el pueblo que, desesperado, estranguló á su emperador y le reemplazó con Murzuflo. Éste cerró las puertas de la ciudad y quiso arrojar de ella á los cruzados, que se apoderaron por su cuenta de Constantinopla y la saquearon, mientras huía el nuevo emperador.

Era de ver entonces cómo caían los griegos y cómo se apoderaban los cruzados de los caballos, palafrenes, mulos, mulas y demás botín. Hubo tantos muertos y heridos que aquello no tenía ni fin ni medida... y al caer la tarde, los del ejército estaban cansados de la batalla y de la matanza... y la ciudad empezó á arder de firme, y ardió toda la noche y todo el día siguiente hasta por la tarde... Y fué tan grande el botín... en oro, plata, vajilla, piedras preciosas, raso, paños de seda, vestiduras de vero, de gris y de armiño... que, según testimonio de Villehardouin, jamás se ganó tanto en una ciudad, desde que el mundo existe.

Tomada Constantinopla, se distribuyó el botín y los vencedores se

repartieron el imperio. Balduino, conde de Flandes, fué elegido emperador ; al conde de Blois le correspondió Nicea, y á Bonifacio de Monferrato la Tesalónica. Murzuflo, hecho prisionero por Thierry de Loos cuando huía, fué presentado á Balduino

Éste le hizo subir á una columna que había en Constantinopla, hacia el centro de la ciudad... era una de las más altas y mejor labradas columnas de mármol que se hayan visto jamás ;... y todo el pueblo de la ciudad acudió para presenciar la maravilla. Entonces le hicieron caer de ella y cayó de tan alto que, cuando llegó al suelo, se estrelló á vista de todo el pueblo, porque una justicia tan alta debía ser presenciada por todo el mundo.

Un conflicto entre Bonifacio y Balduino desencadenó la guerra entre los antiguos cruzados. Á consecuencia de sitios, empresas, emboscadas y operaciones militares en las que tomó parte, solicitado para ello, el rey de los búlgaros, con sus hordas, halló la muerte Bonifacio por haberse lanzado á la pelea sin cota de malla y sin casco y por haber perseguido al enemigo demasiado lejos. Y « esta desventura, que causó tan grave daño por la pérdida de semejante hombre, uno de los mejores caballeros que hubo en el resto del mundo... ocurrió en el año mil doscientos siete de la Encarnación de Jesucristo ».

Aquí termina el relato de Villehardouin.

Aunque su testimonio sea siempre verídico, desde el punto de vista histórico hay que notar que más de una vez, ya por candidez, ya por discreción de gran señor, le ocurrió no decir sobre ciertos acontecimientos y sobre sus verdaderas causas todo lo que seguramente sabía á causa de su misma situación. Los documentos comparativos permiten comprender, y en esto estriba la obra del historiador, por qué y con qué fin fué desviada de su plan primitivo la cruzada ; por qué duraron todo un invierno las negociaciones con Venecia, y por qué, después de la toma de Constantinopla, se echó en olvido á Jerusalén ; detalles importantes que Villehardouin pasa en silencio ó de que habla con reserva y reticencia.

Pero su obra es el reflejo de la Europa feudal. El espíritu aventurero de los barones, que los impulsa, más bien que la fe, á cruzarse en un torneo, su quisquillosa susceptibilidad, sus desavenencias, el sentimiento del honor caballeresco, la fe en la palabra jurada, y el odio á los felones y cobardes aparecen en Villehardouin, que era á su vez noble barón, con sorprendente relieve.

Esto obedece á que también, sin darse cuenta de ello, era buen escritor. Seguramente maneja con cierta tiesura una lengua mal formada aún, y recuerda demasiado los procedimientos de estilo y las transiciones de los troveros ; sus capítulos, aunque no carecen de vigor, tienen la brevedad de las estrofas de las canciones de gesta. En cambio

sabe pintar con claridad y concisión y hallar la palabra exacta sin cargarla de epítetos. Sorprende, como soldado, el orden estratégico de una batalla y nos lo presenta con claridad. Al mismo tiempo, siguiendo la práctica de los antiguos troveros, conserva un sentido de lo pintoresco y una imaginación llena de emoción que, sin alarde de ingenio, tiene una poesía grave y severa, patética y elocuente. Como muestra de ello puede citarse, entre otros relatos, la salida de Corfú:

De esta suerte partieron de Corfú la víspera de Pentecostés... El día era hermoso y claro y el viento suave y agradable, por lo cual se soltaron todas las velas. Y atestigua Godofredo (Villehardouin), que dictó la presente obra, (que jamás mintió en ella á sabiendas en un solo detalle, como hombre que tomó parte en todas las resoluciones), que no se vió nunca espectáculo tan hermoso. Parecía en efecto una escuadra que debía conquistar la tierra, porque, en todo lo que alcanzaba la vista, no se divisaban más que velas y barcos, hasta tal punto que el corazón de la gente se regocijaba en alto grado.

Tiene á veces rudos y penetrantes rasgos de moralista. La gente de Bonifacio, marqués de Monferrato, « empezó á abandonar á su jefe, cuando vió que éste no podría servirles de nada ». Cuando el emperador griego Isaac fué restablecido en el trono, « todos los que el día antes eran enemigos suyos, se mostraban aquel día sus partidarios ».

La observación es con frecuencia justa y burlona.

Puede completarse su relato con Roberto de Clari. Éste refiere la cuarta cruzada con detalles verdaderos y sencillos acerca de Constantinopla. Mientras Villehardouin representa el partido de los « altos barones », Clari, simple caballero picardo, juzga con frecuencia á los jefes en nombre de los subordinados. La obra es curiosa. Además ensayáronse en la crónica histórica otros narradores contemporáneos; unos, los más numerosos, escribían aún en latín, otros, en lengua vulgar, y no faltó quien lo hiciera hasta en verso. La *Crónica de Reims*, en prosa, fué escrita hacia 1265. Á pesar de que no se respeta mucho en ella la cronología, contiene pinturas hechas con desembarazo y vivacidad. La *Historia de los duques de Normandía y de los reyes de Inglaterra*, y las *Crónicas de Balduino de Avesnes*, sobre Flandes, son inestimables manantiales para la historia de la época. Hasta sobre el estado de Asia y Oriente poseemos fieles informes en aquella época, gracias á la *Historia maravillosa del gran Kan*, escrita en francés por Nicolás Falcón, según los datos de un príncipe armenio, llamado Haytón, monje en el convento de los premonstratenses de Poitiers.

Pero de estas compilaciones á la obra original y jugosa de Villehardouin hay mucha distancia. Para hallar un relato que tenga igual valor que el del mariscal champañés, hay que pasar un siglo y llegar á Joinville.

Juan, señor de Joinville, nació, como Villehardouin, en Champaña, cerca de Châlons-sur-Marne, en 1224. Como él, vivió durante su juventud en la corte de un conde, Tibaldo IV, el rey poeta. Huérfano antes de llegar á la mayor edad, quedó bajo la tutela de su soberano. Nombrado senescal de Champaña, se casó á los veintidós años con Alicia de Grandpré, parienta del conde de Soissons, de la que tuvo dos hijos. Apenas acababa de nacer el segundo cuando, habiéndose resuelto una nueva cruzada, tuvo Joinville que partir.

Conocemos los detalles menudos de su vida por sus memorias, en las cuales, á pesar del título que sólo menciona á san Luis, no se olvidó de hablar con abundancia de sí propio. Partido en 1248, no volvió hasta seis años después, habiendo pasado por tales pruebas y presenciado tan grandes dolores que, al volver á ver á sus vasallos, cuyos hijos habían muerto en lejanas tierras, quedó para siempre curado de aventuras.

Á partir de aquel momento, distribuyó su vida entre su familia, el gobierno de sus dominios, y el rey san Luis que le profesaba gran cariño. Sin embargo, se negó á seguir á su real amigo á una nueva cruzada y hasta procuró disuadirle de esta expedición, cuyo funesto desenlace le había hecho prever un sueño; y añadía « que cometieron un pecado mortal los que aconsejaron al rey que partiese y expusiese al desorden, con su partida, á un reino que su sola presencia mantenía en paz y próspero ». Partió san Luis y murió de la peste delante de Túnez en 1270. Joinville sobrevivió largos años á su rey. Hacia el año 1300, Juana de Navarra, esposa de Felipe el Hermoso, y reina de Francia, le rogó que escribiese una historia de san Luis, pues conocía la gran amistad que le había unido con el difunto rey. Joinville puso manos á la obra.

Muerta la reina en 1305, no pudo el historiador dedicarle su obra, que sólo se terminó en 1308, pero se la dedicó al rey de Navarra, al futuro Luis X el Hutín. Murió en su castillo señorial ocho años más tarde el 2 de julio de 1317, á la edad de noventa y tres años, después de haber presenciado seis reinados.

Las memorias de Joinville, ó más exactamente, según reza su antigua título: *De las santas palabras y buenos hechos del rey San Luis*, comprenden dos partes: una destinada, mediante el relato de los hechos menudos y privados, á mostrarnos cómo « gobernó el rey constantemente conforme á Dios y á la Iglesia »; la otra, sin desdeñar por completo el carácter del hombre, refiere más especialmente « sus grandes hazañas